

Yasmina Khadra

A qué esperan
los monos...

Traducción de Wenceslao-Carlos Lozano

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *Qu'attendent les singes*

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard
Imagen: © Tim Robinson / Arcangel Images

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Éditions Juilliard, París, 2014
© de la traducción: Wenceslao-Carlos Lozano, 2014
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2014, 2017
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-9104-440-6
Depósito legal: M. 18.099-2016
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

*Cada generación debe dentro de una
relativa opacidad descubrir su misión,
cumplirla o traicionarla.*

FRANTZ FANON
Los condenados de la tierra

Están los que convierten un destello en antorcha y una tea en sol, y alaban durante toda su vida a quienes los honran una sola vez; y están los que toman por un incendio el menor reflejo de luz al final de su túnel, y apartan con desdén las manos que les tienden.

En Argelia llaman a estos últimos los Beni Kelboun.

Genéticamente nefastos, los Beni Kelboun disponen de su propia trinidad:

mienten por naturaleza

engañan por principio

y

dañan por vocación.

Esta es su historia.

1

Es una mañana espléndida que solo existe para sí misma como un ruiseñor que canta en un mundo de sordos; una mañana argelina con su sol de diciembre resplandeciente y frío como una joya colgada del cielo, fuera del alcance de los sueños rotos, de las oraciones sesgadas y de los Ícaro con alas cortadas.

El cielo está de un azul lustral.

Entornando los ojos, y con un poco de suerte, podrían verse los dioses en su morada, luciendo su figura oronda y con la cabeza echada hacia atrás entre risas homéricas, divertidos por los agobios de nuestro mundo y el baile de los cometas.

Parece oírse un chapoteo, pero no hay fuente ni riachuelo por aquí cerca. En el silencio del bosque de Bainem, todo parece seguir su curso natural. Y todo parece un encantamiento: la niebla asciende desde el barranco; los moscardones revolotean en un haz de luz, indisociables de los destellos que gravitan a su alrededor; el rocío sobre la hierba; el murmullo del follaje, la huida a cámara lenta de una comadreja: dan ganas de pellizcarse.

Si un poeta rechazado por su Egeria recalara por aquí, reinventaría el amor con un simple chasquido de dedos.

Si un vagabundo llevara sus harapos hasta este remanso de paz, creería haber llegado a la Tierra Prometi-

da. Depositaría sus trapos al pie de un árbol, lanzaría siete piedras en todas las direcciones para hacer de cada calvero una patria y de cada cueva un mausoleo.

Una sábana sedosa cuelga a media asta de las ramas de un sauce llorón.

Y, a la sombra de una roca, entre coronas de flores salvajes, yace una joven. Desnuda de pies a cabeza. Y bella como solo sabe serlo un hada nacida del pincel de un maestro. Está medio reclinada de costado, el rostro vuelto hacia el este y un brazo cruzado sobre su pecho. Mantiene muy abiertos sus grandes ojos delineados con rímel, la mirada apresada tras unas largas pestañas que tantas emociones han debido provocar. Maravillosamente maquillada, con la melena constelada de lentejuelas, las manos teñidas con alheña conformando motivos bereberes hasta las muñecas, da la impresión de haber sido pasto de alguna tragedia en plena boda. Yace en la orilla de un río seco, con el cuerpo desarticulado, ajena al rumor de la maleza, en absoluto afectada por la culebra que acaba de deslizarse bajo su cadera.

En este decorado de ensueño, mientras el mundo despierta a sus propias paradojas, le Bella Durmiente se ha salido del cuento. Ha dejado de creer en el príncipe encantado. No hay beso que la pueda resucitar.

Está ahí, eso es todo.

Fascinante a la vez que espantosa.

Cual ofrenda sacrificial...

¡Ah! Argel...

Blanca como una mente en blanco.

Ya no es sino una ruina mental, piensa Ed Dayem al encontrarse a su regreso a la mítica capital chapoteando en sus propios vómitos. ¡Ah! Argel, Argel... Sus santos patronos se han dado de baja y se ocultan tras sus propias sombras con un dedo en los labios para suplicar a sus fieles que finjan estar muertos; en cuanto a sus estruendosos himnos, los silenció el alboroto de una juventud en dique seco que solo sabe entretener su ociosidad en espera de que un estallido de ira encienda la calle y así poder saquear tiendas e incendiar edificios públicos. Salvo una minoría de pijos que adquiere en París sus peores defectos, esto es pura metástasis de bastardía. Hasta el vicio se deshilacha en la vileza ambiental y las calentonas, que antaño ponían cachondos hasta a los lisiados, huelen a sudario y a fiero sudor prostibulario.

Repantingado en el asiento trasero del taxi que lo trae del aeropuerto, Ed Dayem oye el rugido de sus tripas. Su malestar le vino apenas tomó el avión y fue empeorando a medida que se aproximaban a la costa argelina. Los antidepresivos que consume como si fueran pipas han dejado de hacerle efecto. Cada vez que regresa a su país, se siente como el asesino que vuelve al lugar del crimen.

Y eso que Ed Dayem no es un cualquiera. Le basta con llevarse la mano al bolsillo para remover senadores, diputados, magistrados, alcaldes y un sinfín de notables como si fueran calderilla en la hucha de un crío mimado. Pero en Argelia no hay un solo dios que esté a salvo de todo.

Para atemperar sus angustias, Ed se interesa por el taxista, un hombrecillo quejoso de tez olivácea embutido en un traje ridículo que parece robado a un vagabundo. Es cierto que aquí la gente ya no sabe vestirse, pero estos últimos años se han pasado de rosca. Van a todas partes con chanclas, no se quitan el *kamis* de lunes a viernes y asisten a los entierros en chándal. La ética se ha esfumado; ya nadie parece percatarse de la regresión que tiene ocupadas sus mentes.

Ed Dayem se concentra en la nuca que tiene delante, endeble y grotesca, y en el casposo cuello de camisa. Es una nuca partida, desgastada, encogida bajo el peso de una cabeza saturada de preocupaciones y de rencores en constante gestación.

El taxista no para de despotricar. Por sus gafas de miope y su francés sin acento parece el típico universitario tieso que ha antepuesto la licencia de taxi al infecundo diploma. En un país donde los mandamases se empeñan en construir un chalé a sus retoños en vez de levantarles una nación, no es raro toparse con talentos avezados currando en un cafetucho para llegar a fin de mes...

Ed ahuyenta de un manotazo su deriva mental y echa una ojeada al salpicadero presidido por la foto pegada de una cría con gruesas trenzas. La niña sonrío, aunque no su mirada; se adivina la frustración operando en segundo plano.

La ternura es, en estos tiempos, una manera como otra de llenar el bocadillo con humo de barbacoa; no se alimenta uno mejor pero tampoco se pierde la ilusión.

Al lado de la foto, un aviso plastificado ruega a los pasajeros que no fumen, junto con un dibujo, para los analfabetos, de un cigarrillo cruzado por una señal de prohibición. Por la destrozada guantera asoma una maña de cables. La visibilidad del cristal rayado por unos limpiaparabrisas estropeados es hartamente discutible. Un desconchado rosario de pacotilla, probablemente traído de La Meca, cuelga del retrovisor. Aunque reciente, el coche cruje por todas partes. Montada en países para nada obligados a atenerse a las normas europeas y exclusivamente destinada a naciones de poca envergadura, esta gama de vehículos baratos ha invadido Argelia, lo cual explica por qué el país tiene uno de los índices de accidentes de tráfico más elevados del mundo.

El taxista no está contento. No para de refunfunar contra los bólidos que lo adelantan y las cafeteras contaminantes que renquean sobre la calzada. «¡Si es que no puede ser! –fulmina–. Cuando no se creen que van en fórmula I parecen estar siguiendo un cortejo fúnebre. No hay manera de que aprendan a conducir normalmente.»

En realidad, está furioso porque a la selección nacional de fútbol le dieron la víspera una soberana paliza que compromete sus posibilidades de clasificación para la Copa de África. En el aeropuerto todos iban cabizbajos y los aduaneros, de costumbre tan meticulosos, apenas se dignaban a olisquear las maletas. Cuando *El-Khadra*¹ salen malparados, el país entero está de luto.

–¿Por qué no contratamos a un entrenador extranjero? –gime el taxista agarrado a su volante como si estuviera retorciendo el cuello al presidente de la Federación Argelina de Fútbol–. Nuestra selección nacional es la única alegría que nos queda.

1. *Los Verdes*, nombre de la selección nacional de fútbol.

Interpela a su viajero por el retrovisor:

—¿Vio usted el partido, hermano? 4 a 0. ¡Qué vergüenza más grande!... No parecían atletas sino majorettes. No entiendo cómo llegamos a participar en el Mundial con esta pandilla de niñatos teñidos de platino. Al parecer, tras el encuentro se fueron de marcha a una discoteca. ¿Se lo puede usted creer? Y mientras tanto nosotros, la gente de a pie, como si no existiéramos. Ya ni siquiera tenemos derecho a soñar. Solo nos queda este equipo para olvidar nuestra desgracia. Es nuestro sedante, nuestro cuidado paliativo. Entonces, ¿por qué nuestros gobernantes no hacen nada para que al menos nuestra muerte sea menos jodida que nuestra vida?

Ed Dayem no contesta. Sigue mirando la nuca cortada intentando verle algún atractivo. El taxista sigue hablando. Sin parar. Como si se hubiera tragado una radio. Está cabreado con el cielo, con la tierra, con los hospitales, los tribunales, los guardas jurados, los partidos, los consulados que se niegan a expedirle un visado, la carestía de los medicamentos...

—¿Conoces a Shiva? —le pregunta Ed, ya harto.

—¿Quién es?

—Una diosa hindú.

—¡Y eso qué tiene que ver!

—Ya mismo te lo cuento... Shiva decía que cuando el viento sopla entre los árboles molesta a las hojas, lo cual irrita a los pájaros.

—¿Y qué?

—Lo que intento decirte, buen hombre, es que aunque no soples entre los árboles, me estás dando la lata.

El taxista asiente con la cabeza. Unos cien metros más allá, aún sin asumir la reprimenda de su cliente, se cala un pitillo entre los labios y se inclina hacia el encendedor, dejando de mirar la carretera.

–¿No está prohibido? –le pregunta Ed señalando el aviso del salpicadero.

–Solo para los pasajeros –puntualiza el taxista–. Si le molesta lo dejo. Cada vez que me acuerdo del partido de ayer me entran ganas de rociarme con gasolina y de provocar una revolución.

Un perro cruza de repente la calzada y apenas le da tiempo a girar para no atropellarlo. Frena en seco, endereza y el coche derrapa entre tremendos chirridos de neumáticos, se sale del asfalto, patina sobre tierra batida y se reincorpora a la carretera dando bandazos.

Durante una fracción de segundo, Ed Dayem ve desfilar ante sí su vida entera. Se estrella contra la puerta, se agarra al respaldo de un asiento para no salir despedido.

–¿Está usted loco? –aúlla con el semblante demudado.

–Lo siento, *kho*². Es que la mayoría de los perros no entienden de pasos de peatones.

–Sí, hombre, encima hazte el gracioso... Otro volantazo como este y yo mismo te atropellaré con este trasto.

El taxista promete tener cuidado.

Ed Dayem lo mira con desprecio pero se controla al ver que este sigue echando pestes contra unos y otros. La angustia que le tenía agarrotadas las tripas ha desaparecido con el subidón de adrenalina producido por el derrape. Recobra el aliento, se acomoda en su asiento y refunfuña:

–Intenta soltarme entero, ¿está claro?

Demasiado ocupado conjurando sus demonios, el taxista no lo oye.

2. «Hermanito», coloquialismo de Argel.

La comisaria Nora Bilal se acuclilla ante el cadáver de la joven en el fondo del barranco, junta los dedos alrededor de la boca y entorna los ojos para pensar. Se siente triste, pero nadie sabría decir si debido a la juventud de la muerta o al estropicio que lega a los vivos.

La quietud del bosque de Bainem contrasta con la rigidez del cadáver. Los agentes que faenan por los alrededores dan la impresión de moverse en un mundo paralelo.

–Parece una recién casada –comenta el teniente Guerd.

–Sí... –suspira la comisaria– Quiero la lista de todas las bodas celebradas estos dos últimos días en Argel y alrededores. Hay que comprobar en hoteles y salas de fiestas.

–¿Todas las bodas? –pregunta el teniente, atónito.

–Todas –insiste la comisaria–. Sin excepción. Quiero saber si ha desaparecido alguna recién casada o una de sus damas de honor. Está claro que esta pobre chica ha sido secuestrada en plena boda.

–Argel no es una aldea –protesta el subalterno.

–Eso es asunto vuestro –replica la comisaria con sequedad–. Quiero la lista sobre mi mesa mañana a las cuatro de la tarde a más tardar.

El teniente traga saliva mientras sus ojos destellan con ferocidad. Con la susceptibilidad a flor de piel, mira

a los agentes ocupados en recoger indicios y en fotografiar huellas sospechosas; nadie parece fijarse en él.

Guerd carraspea e intenta sostener la mirada incandescente de su superiora antes de apartarla.

Satisfecha por haber puesto en su sitio a su subalterno, Nora se vuelve a inclinar sobre la fallecida. Tiene cortaduras y arañazos más o menos superficiales en los hombros, la espalda y los muslos. La rodilla izquierda está profundamente desollada y cubierta de ramillas. La pierna derecha está partida en dos a la altura de la tibia con fractura abierta. Pero lo que más intriga a la comisaria es la fea herida del pecho: un seno arrancado.

—¿Cree usted, comisaria, que se ha arrancado la teta durante la caída?

Nora no aprecia el lenguaje de su subordinado. Se limita a esbozar una mueca.

—La caída ha afectado al cuerpo —dice—. Pero la herida del pecho es demasiado grande. No se debe a un objeto contundente ni a un impacto. La carne se sale hacia fuera. Más bien parece una profunda mordedura. Quizás un perro salvaje...

—O un chacal en periodo de lactancia.

—Está usted confundiendo humor con cinismo, teniente. Y la situación no se presta ni a lo uno ni a lo otro.

—No está prohibido soltar alguna gracia.

—Siempre que se tenga.

Nora se incorpora para mirar de frente a su subordinado. Es una mujerona morena, de pelo corto y mirada avispada. De espaldas parece un hombre. Pese a tener cumplidos los cincuenta y los hombros caídos, sigue siendo guapa y hasta deseable. En la unidad que dirige desde hace más de dos años, en parte formada por obsesos sexuales y por desquiciados, suscita tanta desconfianza como fantasmagoría. En una sociedad falocéntrica

ca, ser mujer y dirigir a hombres es un castigo bíblico, un problema de tomo y lomo. ¡Cuántas veces habrá sorprendido a un subalterno con el ojo puesto en su trasero mientras abría la marcha! ¡Cuántas veces su opulento pecho ha distraído a sus colegas en pleno *briefing*! Las sanciones consiguen calmar a uno o dos perversos durante una semana, pero no hay quien pueda con la naturaleza. Nora sabe que la menor concesión en ese tipo de relaciones supondría su ruina. Por desgracia, determinadas patologías no tienen cura. El machismo es tan duro como un caparazón y tan apretado como una camisa de fuerza. A la larga, es tal el desgaste que una se acaba resignando. En Argelia, un dicho reza que los testarudos pueden a menudo con los más duros de pelar. Nora lo comprueba a diario a su costa. Por mucho que eche broncas, denuncie, expulse y sancione, las reincidencias son cada vez más atrevidas. El teniente no ha usado la palabra «teta» por casualidad. Cada palabra fuera de tono va con segundas. Es parte de un acoso psicológico sabiamente dosificado. Al cabo de un tiempo, la paciencia más firme se marchita y una se acomoda en una especie de saludable renuncia; acaba admitiendo que así son las cosas y punto; no se resuelve el problema pero se suavizan las putadas que derivan de él.

El cabo Tayeb se acerca con un sobre. Es rechoncho, va desaliñado y mal afeitado; sus zapatos no han visto nunca un cepillo. A Nora le cae bien. Es cierto que tiene mal aspecto, pero es obediente y eficaz, y cumple su tarea con profesionalidad. Como es concienzudo, sus colegas lo putean todo lo que pueden. Para ellos, no pasa de ser un lameculos al que una tipeja con galones tiene avasallado.

—Hemos encontrado trozos de un faro trasero en el borde de la carretera. El conductor ha debido chocar contra algo al maniobrar cerca del barranco.

–También hay huellas de neumáticos en el arcén.

–Demasiado finas para hacer un molde –precisa el cabo–. Pero hemos tomado las medidas. Por la anchura del dibujo, podría tratarse de un todoterreno o de un vehículo de gran cilindrada.

–No olvides la sábana colgada del arbusto. Seguro que sirvió para envolver el cuerpo. Pide a alguien que la recoja y que cuide de no borrar las posibles huellas de ADN.

–De acuerdo, comisaria.

–¿No hay testigos?

–No –interviene el teniente a la vez que despidе al cabo–. Un guarda forestal encontró el fiambre.

Nora no lo escucha. Eleva la mirada hacia la carretera asfaltada, donde varios coches policiales hacen tiempo con sus girofaros encendidos, lamenta la agitación de los polis que pisotean los escasos indicios del lugar del crimen. Más acá, unos camilleros y el conductor de la ambulancia fuman sin parar y sueltan risotadas. El más pequeño, flaco y nervioso, cuenta la juerga que ha tenido que abandonar:

–Tenía delante de mí una masa de carne, un montón de manteca de cerdo cuyos sobacos apestaban. Atufaba tanto que me dolían los ojos. Unos fulanos le estaban tomando el pelo: «Monta un número, Jimi Hendrix», le gritaban, y él creía de verdad ser una estrella. Se sacudía la melena y brincaba haciendo unas muecas espantosas. Su desvencijada guitarra aullaba entre sus patas como un sospechoso en manos de un torturador. Os juro que cada vez que desentonaba tenía la impresión de que me estaban arrancando un pelo del culo con una pinza.

Sus compañeros se parten de risa. La cercanía del cadáver no les afecta. Han visto otros, miles de ellos durante el decenio negro y en las carreteras infestadas de locos al volante y de borrachos. Para ellos, un cuerpo sin

vida, intacto o desfigurado, es un objeto desubicado; su trabajo consiste en llevarlo adonde le corresponde estar, en la cámara frigorífica de una morgue. La rutina los ha desalmado. Ya no son sino autómatas; sus risas suenan como el chirrido de un engranaje sin engrasar.

Nora vuelve a elevar la mirada hacia la carretera, la detiene en la franja de tierra que da al precipicio, intenta imaginar la trayectoria del cadáver que, a todas luces, han debido arrojar desde allí. El o los malhechores apuntarían hacia el precipicio, a la izquierda, de difícil acceso; si el cadáver hubiese caído entre los frondosos matorrales quince metros más abajo, nadie lo habría descubierto. Aparentemente, al engancharse en los arbustos, la sábana liberó el cuerpo y desvió su trayectoria inicial hacia la derecha. El cadáver rebotó sobre el montículo de tierra y rodó por un sendero de cabras antes de estrellarse al pie de la roca. En la oscuridad, el o los malhechores no se dieron cuenta o quizás tuvieran prisa en largarse.

–Hay una cabaña a unos cientos de metros –dice el teniente–. Podríamos ir a preguntar si oyeron o vieron algo.

–Eso es –contesta la comisaria sin demasiada convicción antes de hacer una señal a los camilleros para que se lleven el cuerpo de la joven.

Indignado, el teniente se rasca la entrepierna y regresa a su vehículo mascullando con mal humor: «Eso es... Eso es...».

El taxi aparca ante un caserón ubicado en medio de un gran jardín lleno de palmeras. Por la verja de fundición se puede ver un surtidor de estuco, un sendero cubierto de gravilla rosa y bordeado de hortensias; bajo una bóveda de hojarasca, una escalinata de granito que da a un porche con balaustradas recién pintadas. Un negro con turbante está regando las plantas; con su traje satinado y sus babuchas, parece salido de un cuento de *Las mil y una noches*.

Ed Dayem se queda contemplando por un momento la bonita propiedad –en otro tiempo residencia oficial de un gobernador francés– antes de apearse del coche. Se saca del bolsillo dos billetes y los tiende al taxista.

–Quédate con la vuelta.

–¿Qué vuelta, colega, si apenas son ochenta céntimos? –exclama el taxista.

–Pues quédate con ellos. Ya me los pagará Dios.

–¿Y cómo quieres que con esto le haga un lifting a mi mujer?

–Vuélvete a casar, buen hombre. Te saldrá mucho más barato.

Una vez que se ha ido el taxi, Ed Dayem acciona el timbre de la verja. Otro negro, esta vez vestido de sirviente de califa, acude a abrirle. Ed Dayem siempre se pregunta por qué algunos capitostes de Argel tienen esa

querencia por los lacayos negros. ¿Será reflejo atávico o prurito de clase? Quizás ambas cosas a la vez.

–Buenos días, Si Dayem –arrulla el lacayo abriendo la verja e inclinándose obsequiosamente.

–Buenos días, Marouane. El patrón me está esperando.

–Estoy al tanto, señor. Le ruego que me siga.

Ed Dayem conoce a toda la servidumbre de Haj Saad Hamerlaine: el cocinero, el chófer, el jardinero, el guarda y el factótum, los cinco oriundos de la región de Touggourt, en el Gran Sahara: negros nacidos en casas pobres dispuestos a lo que sea con tal de llevarse algo a la boca. No descendientes de esclavos sino auténticos hijos del desierto cuyos antepasados, valientes y decididos, vivieron tiempos de gloria antes de que la miseria y el bastardeo los desencaminaran y se entregaran en cuerpo y alma a la picaresca del cosmopolitismo. Pero esa es otra historia...

Ed Dayem siempre tiene escalofríos cada vez que entra en la inmensa residencia de Haj Saad Hamerlaine. Siente como si se aventurase en un laberinto plagado de duendes burlones y de trampas abisales. Ni siquiera la luz del día se atreve a colarse en ella. Apenas traspasados el sendero y el porche, la oscuridad se adueña de las mentes y se niega a retirarse. Ed no recuerda haber visto una araña o una lámpara encendidas en su interior.

El sirviente camina con rapidez por un pasillo jalonado por jarrones colosales, cómodas de mármol y espejos imponentes.

Hamerlaine apenas sale de su casa, dedicado como está a perfeccionar sus trapicheos con la implacable paciencia de una araña. Para rentabilizar su autarquía, se ha traído a casa el universo y hasta ha instalado en el sótano un quirófano ultramoderno, un aparato de diáli-

sis, un gabinete dental y un gimnasio. Haj Hamerlaine no se conforma con ser un superciudadano libre de impuestos, además se permite meter mano a la hacienda pública a su antojo. Ese privilegio se conoce en Argelia como «legitimidad histórica».

Ambos hombres se detienen ante una puerta de ébano. El sirviente la golpea en señal de llamada, espera un momento antes de abrir y eclipsarse.

Ed Dayem debe rebuscar en lo más hondo de sí mismo el valor necesario para cruzar el umbral de la sala, que parece querer tragárselo.

El despacho de Hamerlaine es amplio, de techo alto y paredes revestidas de maderas nobles de las que cuelgan lienzos de pintores requisados en el museo nacional desde hace tanto tiempo que a nadie se le ocurre ya reclamarlos, y en sus tres cuartas partes forradas con estanterías repletas de libros y enciclopedias de lujosa encuadernación... Hamerlaine jamás pisó una escuela, pero supo rellenar sus lagunas cuando sus funciones oficiales le permitieron ofrecerse a domicilio clases de recuperación impartidas por profesores eméritos. Dotado de una inteligencia extraordinaria y de una memoria fenomenal, no tardó en superar a sus maestros. Su tardía afición a la lectura le ha producido tal bulimia libresca que le resulta imposible dormirse cada noche sin tragarse medio libro. Su espectacular erudición lo ha convertido en una referencia intelectual de primera fila. Para Ed Dayem, el problema es que su instrucción no ha conseguido engrandecerlo, y menos aún liberarlo de esa mentalidad retrógrada consistente en destrozarse todo lo que le disgusta. Hamerlaine conoce tan bien a san Agustín como a Confucio pero, por empirismo, prefiere con mucho a Kim-II-sung y a Clausewitz pues, para él, la guerra y la revolución son dos constantes que hay que reinventarse hasta la muerte.